

Clausurado con enorme éxito el curso de la AEPI, «Literatura, Prensa y Poder»

Intervinieron Martín Ferrand, Trevijano y Gala

Con la entrega de diplomas acreditativos, ayer se clausuró en el Teatro Infanta Isabel de Madrid el I Curso de verano de la Asociación de Escritores y Periodistas Independientes (AEPI), que ha reunido a quinientos alumnos en lo que se con-

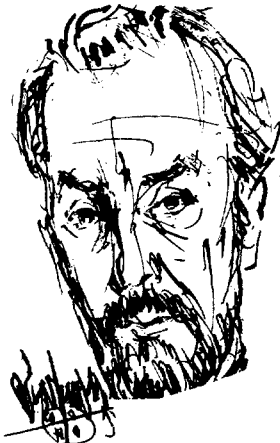
Antonio García Trevijano dedicó su conferencia a la «Revolución Francesa y opinión pública». Para el que fue uno de los protagonistas de la transición, «la opinión pública no es un concepto sociológico, ni una idea psicológica, sino algo que legítima y deslegítima». Considera asimismo que «es una fuerza y no un juicio de condición» y «sólo pudo nacer cuando se rompió el consenso del Antiguo Régimen». «La revolución no es posible sin una opinión pública previa», dijo.

Trevijano abordó la Revolución Francesa desde un punto de vista político, «como lucha por el poder» y estableció tres momentos de opinión en ella, el ilustrado y reformista, el popular y el reaccionario. Para él la toma de la Bastilla no es la fecha más significativa de la Revolución, que sitúa en lo que denomina «la gran mentira», cuando la Constituyente decreta que el rey francés ha sido secuestrado en lugar de decir que ha huido. Trevijano añadió que la opinión pública se confundió con el espíritu público y más tarde con el orden público. Cree, además, que la ilustración apenas influyó en la opinión pública durante la revolución, o mucho menos que la literatura panfletaria y marginal. «Lo que ocurrió es que los revolucionarios pensaron que realizaban los ideales de la ilustración», dijo.

Para Trevijano, la «alta ilustración crea la mentalidad timorata de la Constituyente» y la «baja ilustración, que proporciona talentos revolucionarios, una mentalidad audaz, la de la Comuna». «La Revolución no devora a sus criaturas, sino a sus enemigos», aseguró el jurista, «a los que quisieron detenerla creyendo que había desarrollado sus virtualidades». «La verdadera Revolución fue la del pueblo contra sus representantes políticos —aseguró—, y es la nuestra».

«Alfonso Guerra tenía razón —añadió— Montesquieu desaparece en los primeros momentos de la Revolución y su espíritu ya no está en la Constituyente». A partir de entonces, Trevijano distingue la opinión legal de la legítima y opina que «la opinión pública surge contra el consenso constitucional». Recordando los días siguientes a la «gran mentira», el jurista relató cómo Lafayette fusiló en el Campo de Marte a los que firmaban un manifiesto contra el rey. Aunque afirmó que «a través de la acción de Robespierre la opinión popular vuelve a ser la

sidera el curso de verano que ha despertado más interés en los últimos años. En la jornada de clausura participaron Manuel Martín Ferrand, Antonio García Trevijano y Antonio Gala. El curso ha estado dirigido por Pablo Sebastián.



Pablo Sebastián

opinión pública, dijo que «La Constitución de Robespierre y la nuestra no tienen división de poderes». «El que diga que en España los pode-

Martín Ferrand: «En cuestión de libertades, estamos peor que antes»

Manuel Martín Ferrand realizó un lúcido diagnóstico de la estructura de la información en España, de la que se desprende que el Estado domina los medios de comunicación directa o indirectamente. El periodista, que tuvo una de las más brillantes intervenciones del curso, advirtió que 1995 ha visto nacer dos periódicos públicos, «algo que no se veía desde que el PSOE cerró la Prensa del «Movimiento»».

De la Televisión pública, aseguró que sus canales «son absolutamente iguales estén en manos del partido que estén, lo que ocurre es que TVE ha alcanzado la perversidad que hoy tiene en sus largos años de historia, mientras que los canales autonómicos han desarrollado la misma en mucho menos tiempo».

Para Martín Ferrand, está claro, después de conocer los datos, que «existe una competencia desleal» y que «el Estado es la primera empresa de comunicación del país, la más concentrada, una máquina que se queda con el 40 por 100 de los ingresos publicitarios totales, que ingresa también el Estado, porque el Estado es el principal anunciante del país».

En cuanto a la deuda de TVE dijo que «es un disparate» y que las cifras oficiales no incluyen multitud de partidas, de las que puso numerosos efectos. Ase-

res están separados o es tonto o miente», añadió. Pasó después a comparar el proceso revolucionario con la transición española. Dijo que en España no tenemos democracia política sino social. En su opinión, las derechas prefieren la guerra civil y la dictadura de clase antes de un gobierno con controles públicos y las izquierdas sacrifican la democracia política al sueño de la democracia social. «Nada nos impide que seamos el primer país que conquista la democracia política en Europa», proclamó.

Para Trevijano, la gran mentira de la transición es el legalismo, que la Constitución fue «un pacto para repartirse el poder contra la libertad de los españoles a elegir la forma de Estado y de Gobierno». «En España sólo hay opinión institucional, es decir propaganda», concluyó.

guró que se puede cifrar en 600.000 millones, más de la mitad del billón de deuda acumulada por los medios de comunicación públicos. Para este profesional el Estado «ha cometido un grave error con la transferencia en materia de frecuencias» porque el control de las comunicaciones es una de sus responsabilidades.

«El Estado sí edita —afirmó Martín Ferrand— y en democracia esa no es una función del Estado, con lo que podemos decir que estamos siendo estafados y manipulados».

Martín Ferrand tuvo también duras palabras para la política audiovisual del PP, poniendo como ejemplo la televisión gallega y el nombramiento del nuevo director general de Telemadrid, «un hombre que viene del mundo financiero, y por ello no creo que tenga el mejor perfil para defender la libertad de expresión, al margen de que proviene del grupo PRISA».

Para el periodista, «en materia de libertades estamos peor que estábamos». Afirmó que lo peor del felipismo «es el magma creado al unir el poder político, el cultural y el económico».

Por último, aseguró que la endogamia universitaria «ha creado unos claustros impresionables, con la docena de excepciones y ha dado nido a los más tontos del periodismo en las facultades».

Antonio Gala: «Desconfío de toda revolución que se nos quiera imponer»

Madrid. J. G. C.

Antonio Gala puso ayer el broche final al curso de la AEPI con una muy hermosa conferencia. Con palabra de dramaturgo y voz de poeta habló a los alumnos de su visión del teatro, «el de ayer, el de hoy, el de mañana», que no se convirtió sino en su visión del arte, su visión de la sociedad y la cultura por ende, y en su visión del hombre.

Siguiendo la tradición dramática española desde el siglo de Oro, presentó la depresión del teatro como un reflejo de la sociedad. Para él, un reproche que se le puede hacer al teatro del siglo de Oro es que se entrega a su público y no a su pueblo, teoría que ejemplificó con algunos casos, como la ocultación de la violación cometida por el comendador de «Fuenteovejuna» porque «así puede acabar en boda. El español es matrimonial de manera obsesiva».

Para Gala, el teatro es una vía de conocimiento intelectual y emocional, que amplifica todo. Pero el público ya no es hoy el pueblo, y el teatro se ha hecho burgués. «Hoy el público es más amorfo».

El autor cordobés considera que no es el teatro el que sufre una crisis, sino sólo un tipo de teatro. «Y la crisis del teatro es la de la sociedad —dijo—. Hoy y mañana predomina la sociabilidad sobre la individualidad, y eso es también un retorno al origen: los actores parece que han vuelto a ponerse la máscara del teatro griego o la del kabuki y el nô». Una convulsión similar detecta Gala en los autores y escenaristas: «Vamos hacia el autor colectivo, que colabora con el músico, con el director. Y lo haremos cada vez más en los garajes, en las calles y, por supuesto, en los teatros».

En el mañana del teatro, el del hombre que lucha contra la sociedad, visto por Gala —«no soy profeta»— el autor buscará en los temas «el último sentido de nuestra forma de expresar el amor y la tristeza». «Se ha conseguido que la persona tema quedarse sola, se nublan las conciencias críticas, yo me pregunto si quedará una torre de marfil, o aunque sea de plástico, donde pueda vivir un poeta, y me pregunto ¿A quién cantará?»

«Desconfío de las revoluciones culturales, de toda revolución que se nos quiera imponer». Son palabras de un hombre que piensa que «el teatro o es un hecho social o no es nada, y sólo si se hace desde la libertad culta y no desde un sentido gregario. De cada uno de nosotros depende que esto se haga para las generaciones venideras. Yo sólo os propongo una cosa: que lo penséis muy seriamente», concluyó.